

AZUL DEL SUR, novela por *Guillermo Koenenkampf Cisternas*

Guillermo Koenenkampf ha ido realizando silenciosamente una labor literaria considerable. Principió con un tomo de versos, «De mis noches», poesía romántica de los veinte años, en que volcó sus inquietudes amorosas, sus primeras efusiones líricas ante el paisaje. Ya asomaban en este libro sus tendencias a la introspección filosófica y su sádica inclinación al sufrimiento. Había algunos poemas, como un soneto titulado «El caballero de los duelos», que acusaban perfección de forma y habilidad en la ejecución. En ciertas notas aparecían la inspiración subterránea y el temperamento reconcentrado del autor: «Se habrá escapado el alma al clarear un día—llevándose tu imagen para amarte después». Luego vino una breve novelita de ingenua concepción y estilo sencillo, que pasó inadvertida para la crítica y de la que tenemos un vago recuerdo de escenas idílicas sencillas. Años después, nuestro autor colecciona sus poemas de la edad viril en su libro «Camino de Damasco», poemas que fueron muy noblemente interpretados en una crítica de Ricardo A. Latcham, y en que ya se define el temperamento subjetivo, amargo, con honda raíz filosófica y recia austeridad de Koenenkampf. Se ve que hay en él un temperamento nórdico, un soñador vago que mira a la vida a través de brumas del Báltico que le han quedado diluídas en el subconsciente desde lejanos abuelos. No hay aquí claridad latina, lujuria de sol y de naturaleza jocunda. El erotismo, la sensualidad de los poetas y escritores jóvenes de nuestra tierra cálida, se hacen atormentados y metafísicos. Hay un misticismo de la naturaleza, una inquietud religiosa y filosófica, una tendencia mórbida a libar en los cálices amargos y a pasar en rápido vuelo sobre las mieles. La obsesión de la muerte se clava en su pecho en plena juventud. A pesar de que la vida canta y vibra en torno, en la maravilla desbordante de fuerzas de nuestro

ambiente telúrico, el poeta avanza por el camino saturado de luz, vibrante de cantos, azotado por ráfagas de aromas, en un círculo de nieblas y brumas, en un ambiente de frío desencanto. Su predio parece ser aquel jardín del gigante de Wilde, que estaba siempre en pleno invierno, mientras afuera reía la primavera. A la inversa del caminante de prado, que rodeado por la niebla, lleva el optimismo en el corazón y siempre halla espacio para avanzar, Koenenkampf, como decimos, era un hombre envuelto en un jirón de bruma en día de sol y nada podía curar su pesimismo.

Más tarde nuestro escritor, siguiendo la trayectoria de su maduración espiritual, nos entrega «Geografía Santa», colección de cuentos de la infancia y la juventud. Bajo este hermoso título reúne una serie de relatos, en su mayor parte de la zona del Aconcagua donde, en Chile, arraigó su árbol de estirpe nórdica. Allí fué adonde llegaron sus abuelos desde la brumosa Alemania, y allí el poeta se ha enfrentado a sus primeras emociones e inquietudes. En Zapallar le ha tocado rozarse con una aristocracia cerrada y vanidosa, ambiente falso y hostil que contribuye a darle un primer sentido amargo de la vida, que no bastan a corregir después las dádivas inagotables de la naturaleza circundante. Este libro contiene las mejores páginas de nuestro autor. «Romance de Diego Lerma», «El huésped no convidado», «Historia amarilla», son cuentos de intensos argumentos, bien concebidos y realizados. El estilo, que Koenenkampf suele trabajar hasta fatigosa prolijidad, fluye fácil en muchos paisajes, y ha alcanzado esa precisión llena de energía, esa riqueza de vocablos de sus momentos felices. Conserva toda su vigorosa subjetividad y austeridad y su sadismo retrocede muchos pasajes.

A esta obra, en que culminan el ciclo de evolución de nuestro escritor, hasta el momento actual, siguen «Casa con tres patios», breve novela de ambiente santiaguino, de su mocedad estudiantil, en que aparecen la Recoleta de antaño y hay algu-

nas asomadas por el Manicomio y un Convento de frailes. La casa con tres patios es un sombrío caserón colonial, en que viven hombres y mujeres de otra edad, en un ambiente anacrónico, de fuertes prejuicios y religiosidad metódica y formal. Una joven hermosa y soñadora se marchita prematuramente en esa atmósfera senil y melancólica, sin poder expandirse y florecer en ese aire caliente y viciado de invernadero. Son un manojo de vidas trucas y dolorosas, que el autor nos presenta con sádica delectación, sin analizar las causas de ese ambiente sombrío ni hacer nada por removerlas. El novelista presenta un cuadro amargo. Que otros, los culpables de esos males, hagan el diagnóstico, y den el tratamiento para esas dolencias. No obstante este fatalismo, la novela se impone por su realismo, su densa melancolía y nos deja una honda huella de tristeza y desaliento, junto con el deleite estético de los aciertos del estilo y del trabajo amorosamente realizado. Cuadro gris, sinfonía melancólica, vidas sin horizonte y vencidas, están de acuerdo con el temperamento del autor y se logra esa afinidad entre el tema y el ejecutante, que es una condición de una obra de arte.

Siguiendo fielmente la trayectoria del escritor, llegamos a su última obra: «Azul del Sur», editada recientemente por Orbe. Dos jóvenes empleados de los ferrocarriles van a pasar una temporada de trabajo en Valdivia, donde viven en quintas alemanas, entre compañeros de trabajo, y sufren las inevitables inquietudes amorosas. Al principio la novela va lenta y monótona, como esos días de lluvias y brumas interminables. Pero algunas imágenes felices y la perspectiva de una aventura de amor que se columbra a la distancia, mantienen vivo el interés del lector, que va volteando sin mayor impaciencia las páginas. Hay algunas imágenes muy felices. Por ahí nuestros dos jóvenes van por las calles embarradas, en la atmósfera llena de agua, golpeada por el viento, calados por el aguacero, «como dos peces verticales» en ese medio líquido. Esta imagen, tan

acertada, da una idea de los recursos de nuestro autor. En verdad los hombres somos peces verticales, recién salidos del mar amargo, lo que explica la rudeza de nuestros caracteres, nuestra voracidad insaciable y la fatalista adaptación a un dolor irremediable.

Dos muchachas rubias, una alemana y una italiana, son los centros de interés del relato. La germana, imán de los pensamientos y los anhelos de uno de los protagonistas, toma figura material, actúa en la obra y da lugar a un breve idilio, muy corroborado con kuchen y cerveza, a pesar de su carácter puramente idealista y platónico. La otra, la italiana, es una sombra fugaz, más bien un destello luminoso que apenas aparece entre la lluvia, el viento y las tempestades, sin llegar jamás a primer plano y conceder la gracia de su presencia a su paciente admirador y al lector. Esto mismo presta encanto a la obra. Es más fácil mantener el interés en torno de una joven desconocida. Al fin su tímido admirador se cansa y encuentra satisfacciones más efectivas y palpables con otra joven, que encuentra en circunstancias sospechosas, pero que se reivindica por su conducta posterior y que pasa a ser la verdadera heroína de la novela, cuando el personaje vuelve a Santiago la trae consigo, y deja a la Gretchen en su cuadro idílico de tradiciones nórdicas, envueltas en lluvias y brumas, sin haber descifrado el misterio de su inquietante personalidad.

A pesar de que la trama es un poco débil, y desalienta un poco el platonismo amoroso de los jóvenes, que contrasta con el buen apetito estimulado por el frío y la lluvia, y el carácter práctico de sus actividades, la novela se lee con agrado y facilidad y se prestigia por aciertos de expresión, imágenes felices y algunos momentos de intensidad emotiva, sentimental o pasional que van viviendo los personajes.

En suma, el autor nos hace pasar momentos gratos en la lectura, nos pone en contacto con personajes bastante singulares y originales, y nos mantiene buena parte de su obra a la

espera de una aventura que nunca llega. Cuando perdemos la esperanza de que nos presente a la magnética joven, nos presenta en substitución escenas de amor mucho más convincentes y reales con la apasionada Eugenia. De la otra no logramos saber ni el nombre.

La subjetividad intensa, el análisis de sentimientos y de reacciones anímicas, la pintura de paisajes, cuadros de costumbres alemanas y sureñas, un ambiente social limitado pero viviente, son los valores de esta novela, en que el autor no se ha superado, pero ha mantenido sus cualidades y nuestro interés. Esta obra es suficiente para mantener encendida nuestra expectación en torno del autor, y nos quedamos esperando su obra maestra, como esperábamos ver aparecer a su enigmática adorada.—DAVID PERRY B.



DERECHO DEL TRABAJO, por *Alfredo Gaete Berríos*. Editorial Zig-Zag, Santiago, 1943

El autor es un joven profesor de Derecho del Trabajo, y de Legislación Social, y Secretario del Seminario de Derecho Privado de la Universidad de Chile. El libro, según el autor, pretende servir de texto de estudio a los alumnos de las Escuelas de Derecho del país. Encontramos, por otra parte, que ha de servir también a toda persona que se interese por la historia del trabajo y la legislación respectiva de Chile. Hay capítulos de mucha novedad, y de importancia. Todo lector tendrá en este libro un sinnúmero de materias interesantes. Tómese en cuenta que son 650 páginas de lectura. Por el contenido Derecho del Trabajo debe ocupar un sitio en todo escritorio de abogado, de patrón o empleado. En él se encontrarán las respuestas de muchas interrogaciones, surgidas por los problemas y conflictos legislativos y sociales. En resumen, es un libro de gran